



Seix Barral Biblioteca Breve

Lyuba Yez

La noche del nunca más

INVIERNO

Es 14 de julio del año 2021 recién, hace unos cinco minutos. Estamos durmiendo y, de pronto, un movimiento de tu cuerpo me despierta. Sin abrir los ojos, siento que te levantas. No es algo inusual, todas las noches que te has quedado dormido en mi lado de la cama, rodeándome con tus brazos y aún vestido, te vas en algún momento al escritorio a lidiar con tu insomnio o a terminar algo pendiente. Sin embargo, ahora das un paso y llega un golpe seco. Rotundo e inesperado. Has caído al suelo.

Abro los ojos.

–¿Qué pasa? Vas a despertar a los niños –susurro.
Silencio.

Te pones de pie, das dos pasos más y caes nuevamente, esta vez sobre la estufa apagada. De inmediato me incorporo y pregunto, con urgencia, qué pasa, qué te pasa. Está oscuro, pero puedo ver que te sientas sobre la cama con las manos cubriendo tu boca y después te acuestas de espaldas sobre el colchón. “No te puedo hablar”, me dices. Insisto, qué pasa, y me levanto, aturdida por el sueño. Por mi cabeza cruza la idea de que

te has partido la nariz. “No te puedo hablar”, repites, y tu voz no suena como la de siempre.

En ese momento no lo sé, pero lo cierto es que nada volverá a ser como antes.

Una explosión y los trozos de la vida que conocemos se fragmentan, chocan unos contra otros, revientan, se desvanecen. Llega la oscuridad y todo se derrumba en un segundo.

¿Se acabó? ¿Así es?

Cuando corrí a la cocina a buscar hielo pensé que tu nariz sangraba. Volví al dormitorio y encendí la lámpara del velador, después acerqué el hielo envuelto en un paño a tu cara y me alejaste con tus manos bruscamente. No había sangre, pero intuí que algo andaba muy mal, porque no podías hablarme, no te salía la voz y cuando intentaste ponerte de pie, la mitad de tu cuerpo no respondió.

—¿Te duele el pecho? ¡Qué te duele! ¡Qué pasa! ¡Dime qué te pasa!

Mis gritos se evaporaban en nuestro dormitorio, no había respuesta, ya no lograba sostenerte y tú movías la cabeza intentando decirme algo, desesperado, y no lo conseguías. Tu lado izquierdo, pesado, vencido, te llevó fuera de la cama. Caíste al piso y de inmediato grité ¡dime qué hago!, ¡R., mírame, dime qué hago! Empezaste a vomitar, saqué fuerzas de alguna parte para mover tu cuerpo rígido y ponerlo de lado para que no te ahogaras, mientras el vómito se acumulaba

junto al velador como un río de sangre. Gritos, miedo, llanto. Gritos, incredulidad, llanto. Llanto, tanto llanto. Jadeé y pedí ayuda a la nada. No podía marcar ningún contacto en mi celular, como me ocurría en aquellas pesadillas permanentes que tuve en las semanas previas a esto, incluso un par de días antes, cuando soñé que íbamos a Panamá y me dejabas sola en una especie de isla y yo no sabía cómo regresar a la casa de los amigos que habíamos ido a visitar; pedía ayuda y no la encontraba, intentaba llamarte y mi teléfono no funcionaba. No lograba ubicarte y, de pronto, sin saber cómo, algo duro me estorbaba en la boca. Cuando escupí vi que eran dientes, muchos dientes.

¿Aquel sueño habrá sido una advertencia? ¿Un anuncio del infierno?

Marqué a Sebastián, que estaba en la lista de llamadas recientes de tu teléfono, y apenas dijo aló grité que por favor me ayudara, que no sabía qué te estaba pasando. Llamé al conserje del edificio y después a mi papá; le pedí que viniera a casa de inmediato para que estuviera en caso de que alguno de nuestros hijos se levantara. Pedí una ambulancia y estuve durante treinta minutos respondiendo preguntas de una asistente mientras esperaba el sonido de la sirena. No me corte, señora, por favor, ¿puede confirmar si su esposo está respirando?

El conserje llegó a los pocos minutos, también había pedido una ambulancia por su cuenta. Me metí al baño y el espejo me entregó un rostro hinchado y unas

extremidades desconcertadas, lentas, tontas. Me vestí lo más rápido que pude y salí. Tú seguías en el piso, ya no vomitabas, pero un ruido escapaba de esa boca que ya no era tu boca y que estaba transformándose. Era un rugido cargado de terror, el rugido angustiante de no saber qué estaba ocurriendo.

Dos ambulancias llegaron al mismo tiempo, cuarenta minutos después, cuando seguías rugiendo y aún respirabas. Rápidamente un médico y una paramédico estaban en mi puerta y avanzaron hacia el dormitorio recitando mecánicamente una pregunta tras otra, con urgencia. ¿Es hipertenso? ¿Alguna enfermedad de base? ¿Fuma? ¿Uso de drogas? No, no, no, no. ¿Está segura de que no es hipertenso? No lo sé, él nunca va a chequearse.

–Tenemos que llevarlo a la clínica más cercana. No podemos perder un minuto.

–¡Doctor, va a convulsionar! –exclamó la mujer, mientras ladeaba tu cuerpo todavía más.

Me dije: no puedo ver esto, si sigo aquí jamás podré sacarme esta imagen de la cabeza. Salí al pasillo. Nuestro hijo abrió la puerta de su pieza y se asomó somnoliento. Lo abracé de inmediato, escudando el espanto con mi cuerpo. Guatón, vuelve a la cama, vamos.

Mi padre llegó después sin entender absolutamente nada, como yo. Apenas nos abrazamos al saludarnos, no nos miramos, yo no sabía qué decir y él tampoco.

–Por favor, quédate con Milan. Se acaba de levantar.

–Ya, sí. Tranquila.

Se alejó caminando por el estrecho pasillo y sentí cuando cerró la puerta del cuarto de los niños. Me

puse el abrigo y fui a buscar una bebida al refrigerador porque tenía la boca seca, se me pegaban los labios y estaba hablando mal. Cuando saqué la tapa de la botella el gas subió; el líquido saltó para todos lados, mojándome las manos, la ropa, la cara. Solté un garabato y cuando me volteeé vi que Sebastián, el conserje, el médico y la paramédico te arrastraban, inconsciente, sobre la frazada beige de nuestra cama.

–¿Puedo ir con él? –pregunté sin volver a mirarte.

–Señora, no puede acompañarnos en la ambulancia. Necesitamos espacio en caso de cualquier procedimiento –respondió la mujer tras su doble mascarilla.

–Anda conmigo, L. Yo te llevo –me dijo Sebastián.

Estabas inconsciente sobre esa frazada que compramos en un *outlet*. Sabía que estabas muy mal y no era capaz de mirarte.

–No, Seba. Anda nomás.

Minutos después estaba siguiendo el sonido de las sirenas de la ambulancia y llamando a tu mamá por el altavoz.

–R. tuvo un accidente, voy camino a la Clínica Alemana.

–¿Qué le pasó? –preguntó aturdida, como si acabara de despertar–. ¿Se cayó, se pegó con algo?

–No. No es *esa* clase de accidente.

Fui incapaz de ir más allá de un punto aparte. Era una máquina, algo sin alma, conduciendo con el pie en el acelerador e incapaz de hablarse a sí misma.

Cuando llegué a Urgencias ya te habían ingresado. Me acerqué al mesón y una enfermera, con un tono plano y casi sin expresión, me dijo que debía esperar, que iban a llamarme. Salí a la calle con Seba, encendimos un cigarrillo y me fijé en sus ojos inyectados en sangre.

–Llegaste muy rápido –atiné a decir.

–Me pasé todas las rojas. Todas.

Noté sus dedos temblorosos sosteniendo el cigarrillo y apenas había aspirado el humo de la primera pitada cuando apareció la paramédico, que me miró muy seria y dijo: “Entre, él está grave”. Mantuvo el gesto duro en la cara hasta que tiré el cigarrillo al piso y lo aplasté con el botín, culposa, como una adolescente que ha sido pillada fumando marihuana por su madre. Me acerqué nuevamente al mesón.

–Me dijeron que mi marido está grave. ¿Me puede decir algo más? ¿Lo puedo ver?

–Señora –respondió la mujer sin mirarme–, ya le dije que tiene que esperar a que el doctor la llame.

En ese momento llegaron tu mamá y tu hermana, creo que nos abrazamos o quizás no y apenas nos rozamos, como ocurrió con mi padre. Mi boca seguía seca y pegajosa; decía dos palabras y lloraba, otras dos palabras y lloraba de nuevo. Tu mamá hablaba sobre la isapre, hablaba mucho, la verdad, y yo solo quería que alguien sensato me explicara qué estaba pasando y me sacara del mareo de las frases inconexas. Hasta que escuché la voz suave de una enfermera:

–¿Usted es la esposa de R.?

–Sí.

–El doctor la llama. Sígame.

Caminé por un pasillo corto hasta encontrarme con un hombre de unos treinta años vestido de azul que me esperaba con los brazos cruzados.

–¿Es la esposa, cierto?

–Sí.

–Yo soy el neurólogo. Ahí está él.

Él, que eres tú, estaba de espaldas sobre una camilla en una pieza amplia y abierta a mi derecha, desnudo y con los ojos cerrados, recostado aún sobre la frazada café que compramos mientras los niños se perdían corriendo entre colchones y almohadas, al poco tiempo de haber cambiado la cama por una más grande, pues ya éramos cuatro.

Un tubo metálico entraba por tu garganta y estabas conectado a cables interminables. “¿Está intubado?”, fue la primera de esas preguntas que haría por mucho tiempo sin necesidad de escuchar una respuesta.

Dos semanas atrás, en una de nuestras acaloradas conversaciones sobre qué pasaría si alguno de los dos se contagiaba de covid –sobre todo tú, que no querías vacunarte porque creías más en el dióxido de cloro que en los recientes y urgentes avances de la ciencia– me dijiste, fuerte y claro: “No dejes que me intuben. Prohíbo que me intuben”.

–Tu marido sufrió un accidente cerebrovascular en el tronco cerebral –dijo el neurólogo, y me devolvió a lo imposible.

–¿Eso es muy grave?

–Muy grave. La verdad es que las probabilidades de mortalidad, en su caso, son altísimas.

Luces de neón, paredes blancas, sonidos que se distorsionaban.

–¿Y qué hago? –susurré. Él se encogió de hombros.

“Fue uno de esos momentos en los que uno desea sinceramente no morir sino estar muerto ya, para sortear el sufrimiento y no hacer frente a los cientos de instantes desgarradores que le esperan en las próximas horas, días, semanas”, escribe Juan Tallón en *Rewind*. Yo, desde ese momento, en ese pasillo, deseé no sentir el inmediato vacío de la pérdida. Deseé no haber conducido siguiendo a la ambulancia y no haber marcado a tu mamá para darle una mala noticia, justo cuando tu padre llevaba un mes hospitalizado y grave por coronavirus. Deseé no haber pasado cinco horas o más en esa clínica casi vacía por la amenaza de la pandemia y la tragedia respirándome en el cuello. Sorbos de agua, sorbos de café amargo, espera. Firmar los papeles de la Ley de Urgencias y escuchar de cinco neurólogos distintos que lo más probable era que morirías o que quedarías vegetal, pues en la escala de coma de Glasgow –que permite medir el nivel de conciencia de una persona– tú estabas en tres puntos, y un punto es la muerte cerebral.

Después, cuando me dijeron “despídase” porque te llevarían a la Unidad de Cuidados Intensivos, la auxiliar de enfermería me entregó una bolsa blanca con el logo de la clínica que contenía tu ropa. Me miró con compasión y puso una mano sobre mi hombro sin decir nada. Entonces quise morir, sin imaginar que querría volver a desearlo muchas veces más.

Volví a casa a las seis de la mañana con los párpados hinchados y una sensación de soledad que me quitaba el aire. Avanzando por el pasillo hacia la puerta del departamento escuché los ronquidos de mi padre, a quien después encontré recostado sobre nuestra cama. Despertó, se refregó los ojos y preguntó qué pasó. Me acosté junto a él y repetí el diagnóstico de los cinco neurólogos.

–No se puede morir, papá.

–No, no digas eso. No puede ser.

–Tengo cuarenta y dos años, dos hijos chicos. R. no se puede morir.

–No pienses en eso. Trata de dormir.

–¡Pero cómo va a ser así! ¿Cagó todo? ¡No es justo!

–Claro que no es justo, pero la vida... –dijo, refregándose un ojo con la palma de la mano–. Hija, mejor trata de descansar.

Pero yo no podía cerrar los ojos. Algo de mí permanecía en aquel pasillo de Urgencias sin poder aceptar la realidad y también en la salida, cuando en plena calle tu hermana rompió en llanto y le gritó a tu madre: “¡Yo te dije que si mi papá se enfermaba se iba a morir! ¡Les dije que se vacunaran! ¡Te dije que si enfermaba eso nos iba a afectar a todos, y mira esto!”.

–¿Y él era hipertenso? –preguntó mi padre.

–No. Pero no sé nada, no sé nada.

Era la sexta vez que respondía a esa pregunta en menos de diez horas.

–Ya. Trata de dormir –insistió.

–No tengo sueño. No podría dormir.

Mi cabeza no paraba. Las imágenes de un ayer lejano y de un hoy insoportable se mezclaban con la fuerza de un taladro en la piedra. Entonces pensé en la fe, en las energías, en la gente. Tomé el celular y envié mensajes a todas mis amigas y amigos cercanos contándoles lo que había pasado; también escribí a tus grupos de amigos de Whatsapp, a los compañeros de universidad y a los del colegio. Me daba igual si rezaban, si prendían velas, cargaban piedras o le hablaban a la Pachamama; necesitaba fuerza de alguna parte, porque a mí no me quedaba mucho más que el miedo y la boca seca.

Logré dormir treinta y seis horas después, gracias a una pastilla que me trajo Celeste.

Paciente de 47 años, sin antecedentes médicos descritos. Peso 85 k, talla 1,80 m e IMC 26.2, que consulta el 14 de julio en la madrugada después que, estando acostado, se levanta y cae, siendo asistido por su esposa notando ruido “con la garganta”, comprometiéndose progresivamente de conciencia. Llama a ambulancia, siendo asistido en el lugar, destacando compromiso de conciencia, plejía derecha y vómito, por lo que se intuba en el lugar. Tac de cerebro muestra hemorragia intratranca que compromete parte de la protuberancia y mesencéfalo izquierda, con AngioTAC que muestra vertebral predominante a izquierda, sin hidrocefalia y sin colecciones evaluables.

Sube a UCI para continuar manejo y soporte evaluatorio.

“L., no sé cómo decirte esto”.

Tu hermana me envió un mensaje a las ocho de la mañana, lo miré y supe que tu padre había muerto. Ocurrió a las cuatro de la madrugada, casi treinta horas después de tu hemorragia cerebral. Su cuerpo había resistido los efectos del covid poco más de un mes con una cámara de oxígeno y unos pulmones dañados que intuíamos no aguantarían mucho más.

No puedo dejar de pensar en que te desconectaste de este mundo justo un día antes, cuando las noticias que recibiste de tu mamá y tu hermana no eran buenas, porque habían ido a ver a tu padre al hospital y el médico les había aconsejado no entrar a la habitación. Aquel día viniste a almorzar conmigo a las dos y media de la tarde, comimos poco, estuviste muy callado y leíste un mensaje en el teléfono que te dejó afligido. No quisiste mostrármelo y me entregaste el celular para que lo leyese por mi cuenta. Tu madre te pedía que fueras fuerte y rezaras, porque Claudio no estaba bien. Soltaste unas lágrimas, te abracé y después te sonaron las tripas.

–Iré a verlo igual, aunque no me dejen entrar.

–Anda –te dije.

Volviste a casa pasadas las diez de la noche, ya había acostado a los niños y leía un libro mientras te esperaba. Cuando entraste, te vi serio y cansado.

–¿Cómo está tu papá?

–No entré, estaba dormido. Pero lo vi desde la ventana y creo que estaba bien –respondiste mientras te quitabas la chaqueta. Después te pusiste una mano

en la frente–: Me duele la cabeza y me pica este ojo, como si tuviera pimienta.

–Ha sido mucho hoy, Flaco. Ven, siéntate y come algo–. Te sentaste a mi lado y tus manos temblaban.

–Mira, no sé qué me pasa. Tengo frío.

–Estás muy estresado.

Te preparé un sándwich con jamón y queso, apenas comiste la mitad. Nos abrazamos sentados en el sofá, lloramos un poco por lo que estaba pasando y después nos fuimos a acostar. Me puse el pijama y me acomodé en mi lado de la cama, tú te quitaste la ropa de oficina, te pusiste unos jeans y un chaleco azul, te recostaste junto a mí y me abrazaste por la espalda. Encendiste el televisor y pusiste un nuevo capítulo de *The good doctor*.

–¿Estás seguro de que quieres ver esto? –pregunté.

No respondiste, pero tampoco la cambiaste. Al rato te dije que tenía sueño y apagamos el televisor. Como casi todas las noches, dije: “Flaco, te quiero”, y tú respondiste: “Yo también te quiero”.

Todo eso fue antes del derrumbe, cuando pienso que tu mente dijo basta, no soy capaz de resistir la partida de mi padre.

La casa se llenó de amigas, de amigos, de la poca familia que tenemos y de trámites, muchos trámites. Se había perdido la cédula de identidad de tu papá, había que hacer llamados a la isapre y confirmar esta nueva explosión con un acta de defunción. Habíamos per-

manecido en el lugar del ataque justo cuando detonó una última bomba que, aunque no fue una sorpresa, nos remató.

Celeste organizó un grupo de asistencia con algunos de los amigos más cercanos para que se turnaran llevándome a la clínica y esperándome al salir. “Puedo manejar hasta allá”, les decía, pero, de todas formas, aunque llegara a la clínica por mi cuenta, siempre alguno de ellos me estaba esperando a la salida.

Fui a visitarte a la hora indicada: de tres a cuatro de la tarde. Ese era el horario de visitas para la única persona –en este caso, yo– que podía ingresar a la Unidad de Cuidados Intensivos. Seguías intubado y conectado a un ventilador mecánico. El neurólogo de turno me repitió lo mismo que había escuchado la noche anterior y confirmó que tu estado era crítico, mientras yo, debatiéndome entre los hechos y la irrealidad, apenas me atrevía a acercarme a ti, porque no quería contagiarte de nada, pese a que estaba con doble mascarilla y lavaba mis manos cada cinco minutos.

–¿Podemos hablar afuera, por favor? –le pregunté al neurólogo.

Pensé que, aunque estabas en coma, podrías escuchar y no quería que supieras que Claudio estaba muerto y que sería cremado al día siguiente, justo en el horario de visitas. Necesitaba que ese día autorizaran a ir a verte más temprano y el doctor dijo que no había problema.

La imagen de la última vez que vi a Claudio me acompañó durante semanas. Volvía a casa después de hacer unas compras y lo encontré sentado en la sala